

Revisión crítica del desarrollo

Jaime Ornelas Delgado¹

*El país industrialmente más desarrollado
no hace sino mostrar al menos desarrollado
la imagen de su propio futuro.*

Carlos Marx (1975, vol. 1: 7)

Resumen

El desarrollo como categoría establecida por el gobierno estadounidense a mediados del siglo pasado y que influyó determinantemente en la política económica aplicada por los gobiernos de América Latina a través de la imposición del neoliberalismo y la separación del Estado del proceso económico. El análisis del desarrollo se ha actualizado a través de los resultados de la economía neoliberal, en consecuencia ha significado la necesidad de repensar el desarrollo y conocer su potencial para lograr, como un camino inédito, los objetivos históricos del pueblo de México. El contenido del desarrollo, lo determinan las fuerzas sociales y políticas que lo impulsan. Esto requiere de un debate serio y argumentado sobre esos nuevos contenidos y de ahí la necesidad de recurrir al pasado histórico y ubicarse en el presente de cara al futuro para definir los nuevos contenidos del desarrollo.

Palabras clave: desarrollo, subdesarrollo, modernidad, crecimiento, teorías metropolitanas.

Critic analysis of development

Abstract

Development as category fixed by the United States of America government in the middle of past century and, it has influence determinately on the economic policy applied by Latin

¹ Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Desarrollo Regional de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del CONACYT. Correo: ornelasdelgadojaime@hotmail.com

American governments through the neoliberalism imposition and separation between the State with economic process. Development analysis has up to date through the results of neoliberal economy, it has as consequence necessity to rethinking development and to know their potential to achieve with an inedited way, historic objectives of Mexican nation. Development contents is determined by social forces and policies than push up. It requires a serious and arguing debate about these new contents and necessity to use the historic past and to stablish on present enfacing the future to define new lines of development.

Key words: development, sub development, modernity, growth, metropolitan theories.

Introducción

El presente trabajo parte de una convicción: México requiere plantearse un futuro distinto al que puede preverse, de mantenerse el proyecto neoliberal impuesto en México hace tres décadas y media. Los resultados de esta fase del desarrollo capitalista en el país, podemos sintetizarlos con dos situaciones lacerantes: creciente pobreza de los trabajadores, y mayor desigualdad social y regional.

Reformular el futuro del desarrollo a partir del presente, tiene que partir de la crítica a las distintas maneras como se ha teorizado esa categoría con el fin, sobre todo, de superar la visión sesgada presente especialmente en las propuestas metropolitanas que centran su análisis en la parte económica y establecen como objetivo, casi único del desarrollo, la modernización económica para lograr el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), y en el mejor de los casos, el aumento del PIB *per cápita* (PIB_{pc}), soslayando las dimensiones sociales y políticas del proceso de desarrollo.

Hacer la revisión crítica del desarrollo, requiere remontarse a sus distintas formulaciones, sobre todo a las que tuvieron un mayor impacto político, tanto las provenientes de los países metropolitanos como las surgidas en América Latina y ubicarlas en el contexto histórico donde adquieren vigencia, ya que sólo comprendiendo las circunstancias en las cuáles se construyó y teorizó el desarrollo se estará en condiciones de avanzar en la construcción de un nuevo contenido para esta categoría, contenido que tiene también el propósito de emprender la crítica no sólo económica, sino también política y social del neoliberalismo.

El análisis del desarrollo, en tanto expresión teórica y/o política dominante en las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, así como

su potencial actual, después de la oscura noche neoliberal, se sustenta en la comprensión del desarrollo como propone el economista egipcio Samir Amin:

El concepto del desarrollo, es, por naturaleza una noción crítica del capitalismo, que no puede reducirse de ningún modo a la idea del crecimiento económico dentro del sistema capitalista y, por esa misma razón, el contenido del desarrollo depende en primer lugar de las fuerzas sociales que lo hacen posible, del contenido del proyecto societario de esas fuerzas. (2003: 29)

La recuperación del desarrollo no tiene la pretensión de solazarse en la nostalgia de un pasado, que ni siquiera es digno de extrañar, pero que sí es necesario examinar como experiencia histórica e intentar rescatar una tradición donde diversos pensadores, en el ámbito académico y político, desde distintas ópticas teóricas han intentado ofrecer a las clases sociales con las cuales se identifican, un instrumento capaz de permitirles conducirse dentro de la sociedad con un propósito empeñado en reforzar la hegemonía y legitimar al capitalismo; hoy, sin embargo, la crítica al desarrollo puede significar la búsqueda de proyectos alternativos sustentados en un poder distinto (el popular) y su correspondiente régimen político que exprese una nueva correlación de fuerzas políticas. Se trata, entonces de dotar al desarrollo de un nuevo contenido, democrático y popular.

Este intento de recuperar la trayectoria histórica del desarrollo, además de contribuir al debate implicado en la construcción de otra sociedad deseada y posible, tiene el propósito de convertir el pasado en presente vivo para atisbar con mayor claridad y certeza los caminos viables a seguir para alcanzar la nueva sociedad sustancialmente distinta a la neoliberal. Parafraseando a Enrique Dussel, se trata en todo caso, de *presentar la génesis histórico-ideológica de lo que se quiere pensar* (2011 [1977]: 17).

Se trata, en todo caso, de repensar y reconceptualizar una categoría que sirvió de fundamento a la política económica en toda América Latina en buena parte de la segunda mitad del siglo pasado, y proceder a la construcción de una propuesta con nuevos contenidos que reconstruya la unidad de la economía y la política para hacerlas una sola con objetivos, metas, estrategias e instrumentos elaborados, decididos, impulsados y puestos en marcha colectivamente, sin exclusiones y sin privilegios de ninguna especie como aquellos que los gobiernos tradicionalmente, y por consecuencia política, han concedido a los dueños del capital. Esto exige, también, la recuperación del Estado como representante del interés público en el proceso político y social del desarrollo.

Surgimiento del desarrollo y el *subdesarrollo*

El *desarrollo*, como categoría económica para expresar el *cambio necesario* para alcanzar la *perfección*², surge poco después de concluida la Segunda Guerra Mundial en un entorno marcado por el ascenso de las luchas anti coloniales en África y Asia; la consolidación de Estados Unidos como potencia hegemónica y la expansión del capital financiero en América Latina; la formación del campo socialista en Europa y el triunfo de la revolución comunista en China; así como por el inicio de la “guerra fría”.

Apenas concluido el conflicto bélico, los dueños del capital financiero en Estados Unidos, impulsados por la necesidad de exportar su capital excedente hacia las naciones donde existían recursos naturales, mano de obra abundante y escasez de capital, entre otras cosas, decidieron impulsar el crecimiento de las economías de América Latina mediante la inversión directa e indirecta para que abandonaran su situación de baja productividad y avanzar hacia la modernización capitalista de su economía al “estilo de las naciones desarrolladas de Occidente”. Esto dio lugar a la aparición del *desarrollo* entendido como la búsqueda del más elevado grado de avance y perfección de la que eran ejemplo las sociedades occidentales. Esto significó, la imposición de un patrón de consumo semejante al de las sociedades más avanzadas del capitalismo, donde el bienestar se concibe como la acumulación de objetos, lo cual, sólo puede cumplirse con aumentos en la producción de esos objetos.

En el nuevo orden internacional, impuesto al concluir el conflicto bélico, el 20 de enero de 1949, en el Punto IV de su discurso de toma de posesión como presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, además de dividir al mundo en dos áreas, las desarrolladas y las subdesarrolladas, determinó no sólo a cuáles países habría de dirigirse la “ayuda” estadounidense, sino también, definió el patrón de producción y consumo occidental y lo que, a partir de ese momento, debería entenderse como desarrollo:

Debemos emprender –dijo Truman- un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial

² De acuerdo con Gustavo Esteva (2001: 68): “Entre 1859 (Friedrich Wolff) y 1859 (Charles Darwin), el desarrollo *evoluciona* de una noción de transformación que supone un avance hacia la forma *apropiada* de ser a una concepción de cambio que implica encaminarse hacia una forma cada vez más *perfecta*”. Esta última visión, sería tal y como la aplicaría, a mediados del siglo XX, el presidente estadounidense Harry S. Truman.

sirvan para la mayoría y el crecimiento de las **áreas subdesarrolladas** [...] Lo que pensamos es un **programa de desarrollo** basado en los conceptos de un trato justo democrático [...] Opino que deberíamos poner a la disposición de **los pueblos amantes de la paz** los beneficios de nuestro acervo de conocimientos técnicos para ayudarles a alcanzar sus aspiraciones de una vida mejor. Y, en colaboración con otros países, debemos **fomentar el desarrollo** en las regiones más necesitadas [...] **Una producción mayor es la clave de la prosperidad y de la paz**. Y la clave de una producción mayor es la aplicación más amplia y más vigorosa del saber científico y técnico moderno. (Esteva, 2001: 30 y Rist, 2002: 86; las negritas son nuestras)

Comenzó, así, el 29 de enero de 1949, la *era del desarrollo* bajo la hegemonía cultural estadounidense que imponía sus valores y la forma de entender el mundo; la modernidad, impuso su idea de un crecimiento permanente, infinito y tendiente a la *perfección* occidental, sin considerar que los recursos requeridos para lograr ese proceso eran finitos y, mucho menos, que los procesos históricos son irrepetibles.

La idea predominante fue hacer todo lo posible para “ser como ellos”, lo cual significaba renunciar a las tradiciones, la cultura y las visiones del mundo propias; así que, los pueblos originarios y su cultura se volvían una rémora para el desarrollo, para la tan ansiada modernidad, que sacara a los pueblos latinoamericanos del subdesarrollo.

Ese día, anota Gustavo Esteva, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de *otros*; un espejo que los desprecia y los envía al final de la cola, un espejo que reduce de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante. (2001: 66)

Por su parte, los teóricos metropolitanos comenzaron a proponer a las naciones de la periferia capitalista el desarrollo como alternativa a su “situación de subdesarrollo” y avanzar en el perfeccionamiento y modernización de su economía al “estilo del capitalismo occidental”. Los pueblos “amantes de la paz” mencionados por Truman, no eran, no podían ser los socialistas, ni los que aspiraban a serlo, sino aquellos que aceptaban seguir la vía capitalista de desarrollo. A partir de ese momento, diversos economistas metropolitanos se propusieron analizar los problemas esenciales del desarrollo, al que en

general, y con algunas variantes, identificaban con el crecimiento del valor de la producción económica, lo cual permitiría arribar a una sociedad semejante a las occidentales.

Lo expuesto hasta ahora, nos permite concluir que el contenido del desarrollo ha estado determinado de acuerdo a las visiones y necesidades de los países centrales que proponían a las naciones subdesarrolladas concentrarse en la realización de los esfuerzos necesarios para crecer y alcanzar la forma de vida, así como la organización económico-social de los países desarrollados, única vía posible para salir del subdesarrollo identificado por la diferencia existente entre los indicadores de la periferia con el centro. De esta manera, los registros cuantitativos de las naciones desarrolladas se convirtieron en la medida de lo bueno y lo malo, del desarrollo y el subdesarrollo.

Quienes desde los países desarrollados analizaban la realidad del subdesarrollo y proponían los caminos para dejarlo atrás, afirmaban que, si los mayores niveles de crecimiento y las mejores formas de vida se concentraban en Estados Unidos y en las naciones de Europa central y noroccidental, se debía a que su cultura, su economía y su organización política eran superiores a las existentes en los países subdesarrollados. En consecuencia, mientras la cultura Occidental representaba lo moderno y perfecto, el resto del mundo era subdesarrollado, esto es, no era como el mundo occidental, por tanto, el desarrollo tenía como propósito acercarse lo más posible a los estándares existentes en las sociedades occidentales, dicho de otra forma: de persistir la sociedad tradicional y atrasada en las naciones periféricas, se mantendría el subdesarrollo.

Así se comenzó a entender que el crecimiento económico, identificado con el desarrollo, dependía mucho de entenderlo como se entiende en Occidente, asumiendo sus valores fundamentales: “el trabajo, la riqueza, el ahorro, la procreación, la invención, los extranjeros, la aventura, etcétera”, actitudes todas provenientes de “fuentes profundas de la mente humana” (Lewis, 1955: 14).

En todo caso, el subdesarrollo era una actitud mental negativa frente a los factores que en Estados Unidos y Europa habían sido detonantes del desarrollo. Con esto, buena parte de los estudios sobre el desarrollo tenían como propósito explicar las razones por las cuales esas actitudes y la cultura originaria de los pueblos subdesarrollados inhibían el crecimiento, llegándose a concluir que la incompatibilidad entre las naciones del centro y la periferia dependía de las “diferencias de ambiente natural, clima, raza”, de la ausencia de tecnología o de instituciones que alentaran el desarrollo. Así, el

desarrollo y el subdesarrollo terminaban por ser una mera comparación entre una sociedad y otra:

Un país puede ser subdesarrollado en el sentido de que su tecnología es atrasada, cuando se la compara con la de otros países, o en el sentido de que sus instituciones son relativamente desfavorables a la inversión, o en el sentido de que sus recursos de capital por habitante sean escasos, si se comparan, digamos, con los de los países de Europa Occidental, o en el sentido de que la producción por habitante es baja, o de que tiene valiosos recursos naturales (minerales, agua, suelo) que no ha comenzado a utilizar. (Lewis, 1955: 20)

La propia Organización de las Naciones Unidas (ONU), contribuyó a forjar la historia del desarrollo con esta visión discriminatoria y excluyente, cuando uno de los documentos preparado por un grupo de expertos congregados por la ONU con el propósito de proponer políticas y medidas concretas para alcanzar “el desarrollo económico de los países subdesarrollados”, decía lo siguiente:

Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico. (Escobar, 2007: 20)

Según estas versiones, había necesidad de destruir un mundo atrasado para que surgiera otro superior. Una recomendación recurrente de los gobiernos occidentales y de las organizaciones creadas para darle viabilidad a esta idea, era la de superar los prejuicios contra la inversión externa y permitir que los recursos naturales de los países subdesarrollados fueran explotados económicamente por empresas extranjeras que proclamaban disponer de la tecnología, los recursos financieros y la capacidad de organización suficientes para hacerlo.

Finalmente, en el colmo del desprecio, se llegaron a elaborar diversas “teorías científicas” para demostrar que en las diferencias entre el desarrollo y el subdesarrollo contaban de manera determinante las distinciones raciales. Para ejemplificar sobre ese tipo de formulaciones creadas por “científicos”

de los países occidentales, como Poroto y Carothers, “expertos” de la Organización Mundial de la Salud, el sociólogo argelino Frantz Fanon refiere las teorías difundidas respecto de los nativos de Argelia de quienes, se afirmaba, eran “criminales natos”. En este sentido, los mencionados expertos, citados por Fanon, elaboraron una teoría que aportó “pruebas científicas”, por tanto, indiscutibles, para demostrar de manera “contundente e inequívoca” que “el argelino es un gran débil mental” que mata con frecuencia, de manera salvaje y por nada (Fanon, 1963 [1961]: 274-275).

La explicación “científica” de la criminalidad de los argelinos, que se hacía extensiva a todos los africanos [...]negros, por supuesto, alcanzaba su excelsitud en la siguiente conclusión de los estudios realizados por el profesor Carothers: “El argelino no tiene corteza cerebral [tal como sucede] con los vertebrados inferiores. Las funciones corticales, si existen, son muy frágiles, prácticamente no integradas a la dinámica de la existencia [...] El africano utiliza muy poco sus lóbulos frontales”³. Como se puede observar, concluye Fanon: “No hay, pues, ni misterio ni paradoja. La reticencia del colonizador para confiar una responsabilidad al indígena no es racismo ni paternalismo, sino simplemente una apreciación científica de las posibilidades biológicamente limitadas del colonizado” (Fanon, 1963 [1961]: 279).

La conclusión, resulta obvia y sencilla: las naciones subdesarrolladas deberán impulsar el desarrollo teniendo presente un objetivo fundamental: llegar a ser *como ellos*, como los países desarrollados, cuya cultura, organización económica, política y social se presentaban como un faro que iluminaba el porvenir de las sociedades atrasadas. Esto significaba que las economías periféricas, si querían desarrollarse, debían vencer prejuicios y superar las ataduras que significa la prevalencia de sus culturas originarias, así como su civilización atrasada y dejarse guiar por la sabiduría occidental para alcanzar sus “grandes logros”.

Los indicadores construidos para mostrar el nivel de bienestar alcanzado por los países anglo-sajones, por supuesto, desconocían la diversidad y pretendían homogeneizarla, terminando por caracterizar al subdesarrollo como

³ Al respecto, Fanon escribe: “Para darse a entender, el doctor Carothers establece una comparación muy viva. Así, advierte que el africano normal es un *européo lobotomizado*. Es sabido que la escuela anglosajona había creído encontrar una terapéutica radical de ciertas formas de enfermedades mentales practicando la exclusión de una parte importante del cerebro. Los grandes trastornos de la personalidad comprobados han conducido después a abandonar este método. Según el doctor Carothers, la similitud existente entre el indígena africano normal y el lobotomizado europeo es notable” (1963 [1961]: 280).

un conjunto de índices cuantitativos inferiores o negativos a los superiores y positivos existentes -y elaborados- en las sociedades desarrolladas del mundo occidental. De esta manera, cuantificando los déficits existentes en los países de la periferia respecto de los indicadores elaborados y utilizados por las naciones europeas y estadounidense para medir su propio nivel de desarrollo, se determinaba el grado de subdesarrollo de las naciones periféricas. En todo caso, el problema de las naciones no occidentales es cómo superar el subdesarrollo y la solución única es intentar seguir el camino del desarrollo para ser lo más parecidas posible a Occidente.

El desarrollo como modernización: las etapas del crecimiento

Dentro de las propuestas del desarrollo como expresión de la *modernidad* capitalista en los términos que hemos expuesto, ocupa un sitio destacado la obra del economista estadounidense Rostow, quien, en 1960, publicó un libro que marcaría intensamente los debates sobre el desarrollo en América Latina. El título de su libro, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no-comunista*, revela sin ambigüedades su propósito y orientación: ofrecer una alternativa de desarrollo dentro del capitalismo a los países subdesarrollados que podían verse atraídos por los “ensueños socialistas”.

Según Rostow, el subdesarrollo es la etapa inicial de la historia de todas las naciones del mundo, en consecuencia, la transición del subdesarrollo al desarrollo puede describirse a través de una serie de etapas sucesivas en un proceso continuo e infinito, que van de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto de las sociedades atrasadas a la perfección de la organización social de los países capitalistas más desarrollados⁴.

⁴ Una referencia lejana de la “teoría” del desarrollo de las sociedades por etapas, se puede encontrar en Friedrich List, economista alemán que en 1840 publicó su libro *Sistema Nacional de Economía Política*, donde escribe: “He aquí las principales *fases* que hemos de distinguir en el desarrollo económico de los pueblos: *estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola, estado agrícola y manufacturero, estado agrícola, manufacturero y comercial*” (1840: 11). Más adelante, explica List la manera como debe transcurrir ese desarrollo apelando a la intervención del Estado: “La historia nos enseña, como naciones dotadas por la naturaleza de todos los medios necesarios para alcanzar el alto grado de riqueza y poder, pueden y deben, sin entrar en contradicción consigo mismas, modificar su sistema, a medida que ellas progresan. Primero, en efecto, saliendo de un estado de barbarie gracias al libre comercio con naciones más adelantadas, y desarrollando su agricultura; después, estimulando por medio

El punto de partida es la existencia de una *sociedad tradicional*, a partir de la cual se podría iniciar el desarrollo siguiendo las mismas y sucesivas etapas que permitieron a las naciones occidentales hacer crecer la producción hasta llegar a la última etapa: la “sociedad de consumo masivo”. Según Rostow, la historia de todas las naciones se desenvuelve mediante cuatro etapas que se suceden unas a otras hasta arribar a la quinta: la sociedad del consumo masivo, aspiración que Rostow considera anhelo de toda la humanidad.

Siguiendo la historia de Occidente, este autor afirma que todos los países del mundo se encuentran en alguna de las siguientes cinco etapas (Rostow, 1974 [1960]: 18 y ss.): 1) La *sociedad tradicional*; 2) La etapa de las *precondiciones para el* despegue, que comprende a “las sociedades que se hallan en proceso de transición”; 3) La tercera etapa o del *impulso inicial* o despegue del crecimiento de la economía, se sustenta en la generalización y consolidación de las relaciones capitalistas de producción, etapa que marca la “Gran línea divisoria en la vida de las sociedades modernas [donde] el crecimiento llega a ser su condición normal” y la industria se convierte en la actividad principal; 4) La cuarta etapa la denomina Rostow *la marcha hacia la madurez*, que se caracteriza por un “largo intervalo de progreso sostenido de la producción económica sostenida en la tecnología”; 5) Finalmente, la quinta etapa es la *era del alto consumo en masa*, en la cual, “a su debido tiempo, los sectores principales se mueven hacia los bienes y servicios duraderos de consumo”. El punto culminante de esta etapa, según Rostow, se alcanzó en Estados Unidos con la implantación, en 1913, de la *banda sin fin* en una línea de montaje, lo que da lugar a la etapa de la industria y de la economía conocida como *fordismo* (Rostow, 1974 [1960]: 24).

La parte esencial de la propuesta de Rostow, radica en dos cuestiones fundamentales: una, su *explicación* del subdesarrollo como un problema de estadio histórico, sin relación con el exterior, por el que atraviesan o han atravesado necesariamente todos los países y, dos, la definición del desarrollo como efecto de procesos naturales tendientes a lograr la perfección que se alcanza en ascenso permanente hasta arribar a la quinta etapa: el consumo en masa convertido en destino y aspiración de todas las sociedades habidas y por haber.

En otros términos, se trata de aplicar políticas convencionales, ya probadas en Europa por los países desarrollados, políticas “que tienden a elevar los niveles de ahorro, inversión y productividad y producto por habitante”, lo

de restricciones la aparición de sus manufacturas, de sus pesquerías, su navegación y su comercio exterior” (1840: 109).

que sólo puede lograrse con el propósito explícito de fortalecer las relaciones capitalistas de producción y, el implícito, de mantener las de dominación y dependencia (García, 1978: 218).

Como se puede observar, el proceso de tránsito del subdesarrollo al desarrollo, según lo define Rostow, adopta la forma de un crecimiento lineal, ascendente y permanente de tipo *comteano*,⁵ que se desenvuelve a través de tres estadios históricos: I) el ciclo secular de la acumulación; II) el ciclo de despegue y III) el ciclo de desarrollo auto sostenido.

Si para Rostow, el desarrollo es formalmente el proceso que va del precapitalismo al capitalismo, es decir, el tránsito de una etapa a otra, los obstáculos para lograr ese cambio son internos: la escasez de ahorro, tecnología y organización de la producción. En consecuencia, el problema se resuelve mediante la transferencia de recursos financieros, tecnología y organización desde las economías metropolitanas a las subdesarrolladas.

En consecuencia, concluye Rostow, el papel clave en el desarrollo de los países subdesarrollados corresponde desempeñarlo a las naciones metropolitanas operando por medio de la inversión privada directa e indirecta; así como apresurando la transferencia tecnológica; así como modelos organizacionales a los países que inicien el abandono de la sociedad tradicional. En estos términos, salir del subdesarrollo dependerá siempre de la voluntad *cooperante* de

⁵ El sociólogo francés Augusto Comte (1798–1857) consideraba que las sociedades humanas, al igual que todos los organismos, se desarrollan en sistemas o estadios cada vez más complejos y mejores. El paso de un estadio a otro, si bien provoca crisis en el orden social, forma parte esencial del progreso. Para Comte, la historia se explica a través de tres estadios identificados según los seres humanos explican los fenómenos de la realidad: el teológico o ficticio, que es el más primitivo y en el que han vivido todas las sociedades que atribuyen a los dioses lo que sucede, es la época de la mitología y las supersticiones; en el segundo estadio, el metafísico o abstracto, se indaga sobre las causas de los fenómenos pero en vez de acudir a entidades sobrenaturales o imaginadas se elaboran conceptos racionales que justifican el porqué de los acontecimientos, en este estadio las explicaciones se buscan mediante la razón, pero a través de teorías abstractas, explicaciones filosóficas surgidas de la inteligencia de los pensadores; finalmente, el tercer estadio, el científico o positivo, es, según Comte, el estadio último y definitivo de la sociedad y consiste no en buscar el origen o la causa –el por qué– de las cosas, sino en establecer de manera positiva las relaciones entre los fenómenos, esto es, en controlar como tienen lugar. El estadio positivo corresponde a la sociedad industrial y tecnológica, en él las ciencias naturales, la observación directa de los fenómenos, el saber sólidamente asentado en la física, las matemáticas y la biología, explica con veracidad las causas de los fenómenos. El positivismo del siglo XIX y principios del XX cree ciegamente en el progreso, su lema es “saber para prever, prever para actuar” (Bátiz, 2010: 10 y 11).

las metrópolis para transferir recursos en la magnitud que requiere la economía subdesarrollada (García, 1978: 223).

Todo esto, tiene un sentido unívoco: más dependencia económica y tecnológica e imposición de patrones de producción y consumo insustentables que no consideran los derechos de la naturaleza y programas decididos en los países metropolitanos y por los organismos financieros internacionales integrantes del Consenso de Washington.

Estas ideas serían retomadas tiempo después por Francis Fukuyama, “teórico” neoliberal estadounidense de origen japonés, quien, en 1992, escribiría: “La lógica de la ciencia natural moderna parece dictar una revolución universal en dirección al capitalismo” (1992: 15). Para este autor, con el capitalismo se alcanza la cumbre de la organización social, y asegura: “Ningún otro arreglo de las instituciones sociales humanas [más que la capitalista] puede satisfacer mejor este anhelo de reconocimiento universal y recíproco y, por tanto, ya no es posible ningún nuevo cambio histórico progresivo” (1992: 19) y con la misma intención escribiría: “La democracia liberal es la única aspiración política coherente que abarca a las diferentes culturas y regiones del planeta” (1992: 14). La consecuencia final no podía ser otra que tratar de perfeccionar la economía de mercado y la democracia representativa, y dejar de considerar las transformaciones sociales.

Estas ideas políticas se llegaron a constituir en el “sentido común” neoliberal, en sus dogmas por excelencia, por lo cual, para el pensamiento conservador, el resurgimiento del movimiento social a finales del siglo pasado, que cuestionaba al neoliberalismo, su democracia y sus valores fundamentales (como el fundamentalismo del mercado o el individualismo y el egoísmo), resultó inexplicable y no hubo política posible para detenerlo.

Apreciación general del desarrollo

Cuando América Latina se hizo objeto de estudio de los teóricos metropolitanos, los análisis más que atender a las peculiaridades de la región enfatizaban todo aquello que no era igual a las naciones desarrolladas y se insistía en la incapacidad cultural para utilizar, por ejemplo, los avances científicos y tecnológicos en la producción, así como la “deplorable” resistencia de los pueblos a renunciar a su cultura para asumir la de las naciones occidentales, donde se decía se cultivan los más elevados conocimientos científicos y tecnológicos para ser aplicados a los procesos productivos y se sostiene un ideal cultural

y civilizatorio individualista y modernizante que alienta la actitud emprendedora, impensable en el subdesarrollo y, particularmente, en la América Latina comunitaria y aferrada a una cultura que no corresponde a la necesaria actitud modernizante exigida para impulsar el proceso de desarrollo.

Así, las naciones subdesarrolladas comenzaron a ser definidas:

Por tener una renta *per cápita* por debajo de 100 dólares y estar sin capital, sin escolaridad, sin conocimiento, sin tecnología, sin urbanización, es decir, cuando pasamos a ser analizados no por lo que éramos, sino por no ser iguales a los que nos caracterizaban como tales, quienes disponían del capital, el conocimiento, de la tecnología, del ideal urbano al que habíamos de convertirnos. (Gonçalves, 2009: 45)

Así, desde el poder imperial se sugería que, de grado o por fuerza cuando fuera necesario, las naciones subdesarrolladas deberían seguir el modelo de crecimiento del capitalismo existente en los países desarrollados.

Entendido de esta manera el mundo, el desarrollo termina por concebirse como una especie de cruzada civilizatoria para enfrentar a la barbarie representada por las culturas ajenas a la Occidental⁶, condición que terminaba por impedir su desarrollo; en cambio: “La expansión de Occidente ha promovido tanto la modernización como la occidentalización de las sociedades no occidentales” (Huntington, 2005 [1995]: 92); aún más, el desarrollo, tal como lo propuso el Occidente, no sólo tenía la intención de evitar que los pueblos no occidentales, particularmente los latinoamericanos, permanecieran en el subdesarrollo, sino que también se alejaron de las quimeras ofrecidas por el socialismo. En este sentido, en plena *guerra fría* el presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, revelaría el significado colonial de la política estadounidense de “ayuda para el desarrollo” y en 1961 diría sin rubor alguno: “La ayuda exterior es un método por el cual Estados Unidos mantiene una

⁶ De acuerdo con Samuel Huntington: “La idea de civilización fue elaborada por pensadores franceses del siglo XVIII como opuesta al concepto de ‘barbarie’. Una sociedad civilizada difería de una sociedad primitiva en que era urbana, alfabetizada y producto de un acuerdo. Ser civilizado era bueno, ser incivilizado era malo. El concepto de civilización proporcionaba un criterio con el que juzgar a las sociedades, por lo que durante el siglo XIX los europeos dedicaron mucha energía intelectual, diplomática y política en elaborar los criterios por los que las sociedades no europeas se podían juzgar suficientemente ‘civilizadas’ para ser aceptadas como miembros del sistema internacional dominado por los europeos” (Huntington, 2005 [1995]: 47 y 48).

posición de influencia y control en el mundo y sostiene a bastantes países que sin ella se habrían hundido definitivamente o pasado a formar parte del bloque comunista” (Hayter, 1972: 13).

De esta manera, la guerra fría impuso el anticomunismo como la impronta de la relación sostenida por los gobiernos occidentales con las naciones subdesarrolladas a lo largo de toda la segunda parte del siglo XX. En esa época, clasificados nuestros países como subdesarrollados, la visión colonial del desarrollo se reforzó con la tarea que los poderes del centro impusieron a los pueblos de la periferia: dejar de ser como eran para poder emprender la vía del desarrollo capitalista; se trataba de dejar de ser *nosotros*, para asemejarnos a *ellos*, labor que se asignaba a los propios pueblos sometidos y que las burguesías nativas emprendieron con mucho ímpetu, labor que hacían pasar como una “tarea civilizatoria” en favor de sus países.

Se planteaba, entonces, como la tarea fundamental, el cambio de actitud frente al desarrollo, condición indispensable para lograr abandonar el subdesarrollo y pasar a formar parte del mundo civilizado, capitalista y occidental, aunque fuera de forma sometida y dependiente. De ahí el impulso que se dio a la educación popular en América Latina, sustentada en la divulgación e imposición como “natural” de los valores occidentales y la invisibilización de los originarios, considerados provenientes de una cultura inferior a la occidental.

Convencida la élite dominante en los países subdesarrollados de las bondades de asumir la cultura occidental como propia, se dio a la tarea de promover entre nuestros pueblos: “Los supuestos de que la modernización es deseable y necesaria, de que la cultura autóctona es incompatible con la modernización, de que dicha cultura autóctona se debe abandonar o abolir, y, por último, de que la sociedad debe occidentalizarse completamente a fin de modernizarse con éxito” (Huntington, 2005 [1995]: 93).

Surge así la colonialidad del desarrollo, convertido ahora en una especie de generosa oportunidad ofrecida por los países más desarrollados del capitalismo a las naciones dependientes, donde el movimiento social en ascenso buscaba con avidez su propia identidad e independencia.

Aún más, el desarrollo mediante la política de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), se ofrecía como un instrumento capaz de permitir a los países formalmente independientes crecer modernizando sus patrones de producción y consumo, reforzando su relación con las economías de mayor nivel de desarrollo en el capitalismo.

Así, soslayando su historia de pillaje y explotación colonial, Estados Unidos y las naciones industrializadas del capitalismo europeo, construyeron la leyenda de su idílico proceso de desarrollo y de la industrialización considerada como la única vía legítima del desarrollo, pero sobre todo difundieron el mito de la posibilidad de seguir un camino similar en la segunda mitad del siglo XX al seguido por ellas en los siglos XVIII y XIX.

De cualquier manera, la imposición del desarrollo en América Latina no fue sencilla, pues diversos pensadores, aun quienes sostenían la posibilidad del desarrollo en los límites del capitalismo, lo reconocían como una propuesta que planteaba a los países dependientes un camino imposible de seguir si se considera que el desarrollo de Estados Unidos o de los países europeos se había dado en condiciones históricas totalmente diferentes a las que determinaban en esos momentos el subdesarrollo.

El proceso de desarrollo se vio, así, como histórico, único e irrepetible. En palabras de Theotonio Dos Santos:

Las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica, completamente superada, sea por sus fuentes básicas de capitalización privada basada en la explotación del comercio mundial, sea por la incorporación de amplias masas trabajadoras a la producción industrial, sea por la importancia del desarrollo tecnológico interno de estos países. Todas esas condiciones históricamente específicas no se pueden repetir ahora. (1974: 11)

De acuerdo a lo anterior, y a la manera como se propuso la estrategia de crecimiento económico especialmente por los economistas keynesianos, podemos concluir con Walter Gonçalves, que el desarrollo, como categoría teórica y práctica, se construyó como “una idea colonial en el sentido más preciso de la palabra” (Gonçalves, 2009: 45).

Lo fue así porque en ningún caso se proponía un crecimiento endógeno, sustentado en el mercado, los recursos y los avances científicos y tecnológicos internos; por el contrario, a partir de advertir que en nuestras naciones se carecía de esos “motores del crecimiento”, sin explicar las razones de dichas carencias, se proponía crearlos recurriendo a los países metropolitanos, siempre tan dispuestos a colocar su capital excedente en las regiones donde el capital es escaso y abunda la fuerza de trabajo y los recursos naturales para someterlos a la moderna explotación capitalista.

Para concluir, podemos decir que la dimensión colonial del *desarrollo* se refiere a la manera como se ve el mundo de la periferia desde el balcón de los países centrales. De acuerdo con Edgardo Lander:

Es la mirada del mundo que se realiza desde el centro de la construcción imperial; es la mirada desde la cual —a partir de la naturalización del orden existente— se establece la construcción jerárquica de tiempos históricos, de pueblos, de culturas, de las llamadas razas; es la mirada que clasifica al conjunto de la humanidad en un orden jerárquico en el cual hay pueblos inferiores y pueblos superiores, pueblos que están en el presente y pueblos que están en el pasado. Construcción que, a su vez, es la expresión de la construcción jerárquica del orden colonial. (2004: 170)

Aún más, en el pensamiento metropolitano sobre el desarrollo, “la sociedad liberal industrial aparece como el modelo del orden social moderno y es el camino hacia el cual inexorablemente avanza la humanidad, el patrón de referencia que permite constatar la inferioridad o el atraso de los demás” (Lander, 2004: 171). Ante este destino de nada vale resistir, lo mejor es, dirán las clases dominantes, sacar provecho a nuestra dependencia.

Finalmente, al reconocer que el tiempo histórico no es lineal y que para nuestras sociedades no existe posibilidad alguna de seguir la vía trazada por aquellos países que, según sus propios indicadores, tienen los más altos índices de desarrollo, corresponde a los latinoamericanos construir una teoría y un proyecto nacional de transformación donde se reconozca a los pueblos como el sujeto dirigente del cambio y usufructuario único de sus resultados. Esa nueva teoría deberá recoger las formulaciones teóricas forjadas en América Latina, sus luchas y anhelos siempre pospuestos y ofrecer una ruta legítima, propia, que, como decía Mariátegui (1995: 127), no sea “copia ni calco, sino construcción heroica” del pueblo mexicano de una sociedad igualitaria, incluyente, fraterna, solidaria y democrática.

Reflexión final

La crisis del paradigma neoliberal en América Latina, y particularmente en México, ha hecho volver los ojos tanto al desarrollo como a la política económica surgida del propio proceso de desarrollo. El propósito ha sido la

necesidad de reflexionar sobre la potencialidad del desarrollo de acuerdo a las necesidades de la realidad actual, que por supuesto difieren sustancialmente de aquella en la que surgió el concepto y se hizo dominante en los círculos académicos y políticos.

La reflexión al respecto, ha significado reconocer que el desarrollo en los términos expuestos inicialmente, no puede ser considerado sólo como un proceso económico conducido por el gobierno o el capital, sino que ahora sus objetivos y políticas habrán de estar determinados por los intereses de la sociedad que debe disponer del aparato gubernamental como instrumento de gestión y acción política-democrática que procure la participación de aquella parte de la sociedad hasta ahora excluida del propio desarrollo.

La reconceptualización del desarrollo, ha de ubicarse en la crisis global del capitalismo y la modalidad neoliberal, que agotó ya su oportunidad histórica. La nueva organización social exige sustentarse en el impulso popular a una política económica y social con prioridades específicas de liberación, igualdad, democracia participativa y una relación armoniosa con la naturaleza.

Bibliografía

- AMIN, Samir (2003). *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós.
- BÁTIZ V., Bernardo (2010). “La decepción de los optimistas” en *La Jornada Semanal*, Suplemento Cultural de *La Jornada*. Número 823, 12 de diciembre.
- DOS SANTOS, Theotonio (1974). *Dependencia económica y cambio revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Argentina, Ediciones El Viejo Topo.
- DUSSEL, Enrique (2011) [1997]. *Filosofía de la liberación*. Breviarios, No. 571. México, Fondo de Cultura Económica.
- ESCOBAR, Arturo (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas, Venezuela, Editorial el perro y la rana.
- ESTEVA, Gustavo (2001). “Desarrollo” en Wolfgang Sachs (coord.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. México, Universidad Autónoma de Sinaloa / Editorial Galileo, pp. 65-92.
- FANON, Frantz (1963) [1961]. *Los condenados de la Tierra*. Serie Popular, No. 47. México, Fondo de Cultura Económica.

- FUKUYAMA, Francis (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona, España, Planeta Agostini.
- GARCÍA, Antonio (1978). “Elementos para una teoría latinoamericana del desarrollo” en Alonso Aguilar, et al., *Crítica a la teoría económica burguesa*. México, Editorial Nuestro Tiempo, pp. 214-253.
- GONÇALVES, Walter (2009). “Del desarrollo a la autonomía: la reinención de los territorios” en *Memoria*. Número 238, octubre-noviembre, pp. 44-46.
- HAYTER, Teresa (1972). *Ayuda e Imperialismo*. Colección Ensayos de Economía y Ciencias Sociales. Barcelona, España, Editorial Planeta.
- HUNTINGTON, Samuel P. (2005) [1995]. *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Colección Surcos. Barcelona, España, Editorial Paidós.
- LANDER, Edgardo (2004). “Universidad y producción de conocimiento. Reflexiones sobre la colonialidad del saber en América Latina” en Sánchez Ramos, Irene y Raquel Sosa Elízaga (coords.), *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*. México, Siglo XXI Editores / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, pp. 167-179.
- LEWIS, Arthur W. (1963) [1955]. *Teoría del desarrollo económico*. 2ª edición en español. México, Fondo de Cultura Económica.
- LIST, Friedrich (1955) [1840]. *Sistema Nacional de Economía Política*. 3ª edición. Madrid, España, Editorial Aguilar, Biblioteca de Ciencias Sociales.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1995). “Debate con el APRA” en Mariátegui, José Carlos, *Textos básicos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Carlos (1975). *El capital. Crítica de la economía política*. 9 vols. México, Siglo XXI Editores.
- RIST, Gilbert (2002). *El desarrollo, historia de una creencia occidental*. Madrid, España, Editorial Catarata.
- ROSTOW, W. W. (1974) [1960]. *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no-comunista*. México, Fondo de Cultura Económica.